RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Beretta Curi, Alcides

Del artesanado a los gremios industriales. Liberalismo y tensiones en la constitución de las primeras asociaciones patronales : el caso de la Liga Industrial (1879-1888)

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Beretta Curi, A. (2013). Del artesanado a los gremios industriales. Liberalismo y tensiones en la constitución de las primeras asociaciones patronales : el caso de la Liga Industrial (1879-1888). Revista de ciencias sociales, 5(24), 87-108. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1581

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Alcides Beretta Curi

Del artesanado a los gremios industriales

Liberalismo y tensiones en la constitución de las primeras asociaciones patronales. El caso de la Liga Industrial (1879-1888)

La crisis del sistema de producción artesanal y de la organización gremial, anunciada desde fines del régimen colonial, se fue profundizando en las décadas siguientes a la constitución de los estados nacionales en América Latina. Por otra parte, el liberalismo económico ingresó de la mano del pensamiento crítico respecto del dominio colonial y postuló la república como organización de una sociedad de ciudadanos, cuyas versiones oscilaron entre la república democrática y los sistemas censitarios propuestos por las élites liberal-conservadoras. En el último cuarto del siglo XIX, en varios países se desarrollaron algunas actividades industriales orientadas al mercado interno, actividades que pautan la emergencia de una nueva fracción burguesa. Tempranamente, en los países del Cono Sur se constituyeron las primeras asociaciones de industriales y se formularon los primeros programas industrialistas. En este contexto, se presenta el caso de una gremial, la Liga Industrial, primera de esta naturaleza en Uruguay.

La crisis del artesanado en América Latina

Liberalismo económico y artesanado

Clara E. Lida (1998, p. 67) precisa que tanto en el mundo europeo como en el americano, el término *artesano* ha referido a "formas de trabajo y modos de producción previos a la revolución industrial y propios de las corporaciones gremiales del antiguo régimen". Es-

paña introdujo en sus colonias el régimen de gremios, cuyo desarrollo fue muy desigual en estas sociedades pero, en síntesis, tenían vigencia disposiciones relativamente similares a las que regían en la metrópoli. La actividad artesanal prosperó en algunas ciudades y localidades hispanoamericanas, y fue afectada por las reformas borbónicas y su énfasis fiscalista. Es ilustrativo su impacto sobre la producción de tejidos de algodón del Socorro (Nueva Granada), consecuencia del alza de precios de los alimentos y del algodón, que generó un profundo malestar entre los artesanos (Álvarez Orozco, 2007).

Los nuevos estados surgidos de las guerras de independencia adoptaron normativas que condujeron a la desarticulación de los gremios, y dejó a los artesanos "librados individualmente a nuevas formas de contratación jornalera –cuando no destajista– y sin mecanismos legales y colectivos de negociación", en tanto el *maestro* en muchos casos se convirtió en el patrón capitalista (Lida, 1998, p. 68).

Las políticas librecambistas en Perú tuvieron dificultades para ser implementadas desde 1821, con las tarifas de 1840 como el primer intento serio de aplicarlas, aunque su efecto fue limitado en la práctica. En diciembre de 1858, el gremio de carpinteros y otros artesanos realizaron violentas protestas contra la importación de diversos artículos, en un episodio que reconocía antecedentes en las protestas contra la política librecambista aplicada a partir de la independencia de España (García-Bryce, 2003).

El ingreso de manufacturas europeas y norteamericanas en Chile provocó la crisis de algunos sectores de artesanos que no se encontraban en condiciones de competir. El descontento se plasmó en algunas reivindicaciones bajo los términos "protección a la industria nacional", y fueron las primeras en expresarse las ramas del cuero y calzado (1826) y las de ebanistas y fabricantes de muebles (1829). En 1862 se fundó la Sociedad de Artesanos "La Unión" (en Santiago de Chile) que amplió su programa: proteccionismo, instrucción de los trabajadores y fortalecimiento del mutualismo; y se crearon sociedades en La Serena y Copiapó.

La crisis europea de 1873 se proyectó sobre América Latina, agravando las condiciones de vida de los trabajadores urbanos. Grez Toso (s/f, p. 6) observa que durante estos años "el artesanado y la burguesía industrial (y tras ellos la clase obrera) interpelaron por primera vez de manera coordinada el poder político, cuestionando el modelo de desarrollo económico librecambista imperante en el país". La Guerra del Pacífico devaluó el conflicto y, poco después, la burguesía industrial, ya integrada a los círculos de poder tradicionales, se desvinculó de este programa.

En el Río de la Plata las organizaciones gremiales fueron muy débiles, e inexistentes en Montevideo. Esta ciudad fue fundada tardíamente, a inicios del siglo XVIII, coincidiendo con el movimiento reformista que en la metrópoli abogaba por la supresión de los gremios. Este contexto concurrió a que el trabajo del artesano fuera libre, no sujeto a reglamentaciones y su nivel de vida desahogado por la escasa competencia. Aun en los casos en que el artesano era esclavo, la percepción de un salario permitió a algunos, con ingentes penurias, comprar más tarde su libertad (Sala, De la Torre, Rodríguez, 1967, pp. 137-140).

En la ciudad de México el pequeño taller "era mayoritario dentro del mundo de la producción manufacturera, donde los establecimientos fabriles o los talleres de gran tamaño no eran muchos, ni existían en todas las ramas. La fuerza de trabajo se encontraba pulverizada en una inmensa lista de oficios que, aunque especializados aún, tendían a perder su calificación en medio de un crónico desempleo" (Pérez Toledo e Illades, 1998, p. 77). En 1865, el 20% de los establecimientos correspondían a la rama textil, segunda en importancia luego de la tabacalera, coexistiendo organizaciones productivas del período colonial con trabajo domiciliario, talleres y medianas empresas (Trujillo Bolio, 2000). México fue definiendo con contradicciones, avances y retrocesos, una política proteccionista, distanciándose de otros países latinoamericanos. No obstante, en oportunidades como el año 1821, los aranceles altos no fueron suficientes frente a los precios muy bajos de los artículos importados (Flores Caballero, 1970).

Tempranamente, en los nuevos estados hispanoamericanos, el capital mercantil local –a veces extranjero– contribuyó a erosionar la organización artesanal y preparó el advenimiento de establecimientos semifabriles y otros más modernos (Solano, 2009). Supuestamente, quedaba abierto el camino para el desarrollo de las industrias, que las élites dirigentes identificaron con el progreso. Trujillo Bolio (2000) observa que en México coexistieron formas diversas de producción (taller, manufactura, trabajo a domicilio) y que en algunos talleres el maestro se había convertido en propietario y contrataba mano de obra asalariada. Esta situación se registró en varias repúblicas hispanoamericanas, y han sido tema de debate las posibilidades del tránsito del taller artesanal a la empresa fabril y el devenir del maestro en agente capitalista y en embrión de una burguesía industrial (véanse Salazar, 2012 y Vega Cantor, 1990). Ilustra sobre las dificultades para ese tránsito y sus proyecciones limitadas, la situación en Perú. Avanzada la década de 1840, la creciente presencia de inmigrantes decantó en un sector más próspero entre los artesanos de Lima, al conformarse una élite con un mejor

desempeño frente a las políticas liberales. Por otra parte, una fracción de los comerciantes nativos se interesó en el mercado interno y apostó al desarrollo de algunas industrias (Gootenberg, 1982).

República, democracia y artesanado

Durante los tres siglos de dominio colonial, talleres y gremios se multiplicaron en el mundo hispanoamericano, y el número de artesanos fue relativamente elevado. Gazmuri (1998) estima –en base a diversas fuentes y al censo de 1854– que, a mediados del siglo XIX, el número de varones artesanos en Santiago de Chile era mayor a los 6.000 individuos. Para otras ciudades hispanoamericanas también las estimaciones son altas: Bogotá contaría a mediados del XIX con unos 4.000 artesanos (Jaramillo Uribe, 1976) y, en 1870, las personas dedicadas a las prácticas artesanales representaban algo menos del 23% de la población colombiana, con una participación muy elevada de las mujeres (Orlando Melo, 1979). La ciudad de México contaba con unos 11.200 artesanos, según el registro de 1842 (Pérez Toledo, 1996).

Definitivamente, los artesanos constituían un sector significativo de la población urbana en varias ciudades. Sus dificultades para sobrevivir luego de la crisis colonial, los llevó a desarrollar diversas estrategias, buscar alianzas e influir en fracciones de las clases dirigentes que buscaban ampliar sus cuotas de poder. Estas circunstancias fueron aprovechadas por los artesanos para la construcción de ciudadanía y ampliación de los derechos electorales.

En Nueva Granada, los artesanos desempeñaron un importante papel en la formación de la Guardia Nacional y serían protagonistas de la agitada vida político-social (Flórez Bolívar, Solano, 2010). Mediante las "sociedades democráticas" se dotaron de organizaciones activas, conciencia de clase y autonomía, buscando alianzas con otros sectores y con el Partido Liberal (Sowell, 1987). La democracia llevada a la práctica de la participación popular generó alarma entre los liberales, de modo que "en su praxis social y política, el ideario liberal terminó siendo conservador" (Flórez Bolívar, 1987).

En Perú, la constitución de 1860 otorgaba el derecho de sufragio a cuerpos sociales concretos, entre los que figuraban los artesanos que pagaban el derecho de patentes, dejando atrás la fórmula más inclusiva de 1834, que permitía sufragar a las diferentes clases de artesanos que tributaban en función de sus ingresos (Del Águila, 2011, p. 61). La posición marginal del artesanado frente a los centros de poder donde se diseñaban las políticas económicas

propició la búsqueda de alianzas y, en 1871, un sector de artesanos participó en la fundación del Partido Civil (García-Bryce, 2003).

A mediados del siglo XIX, los avances de las políticas librecambistas también incidieron en una creciente desarticulación de los gremios en la ciudad de México. No solo el retroceso de las políticas proteccionistas hacia la actividad artesanal; también, como en distintas ciudades latinoamericanas, se asistía a procesos de concentración y centralización del capital que favorecieron la aparición de la industria fabril. Aquí y en otras partes, los artesanos y asalariados respondieron de diversas formas, y uno de los caminos a recorrer fueron las asociaciones y organizaciones mutuales. Las movilizaciones culminaron con la constitución, en 1872, del Gran Círculo de Obreros de México, confederación de trabajadores de proyecciones nacionales (Pérez Toledo e Illanes, 1998). Por otra parte, los dirigentes propiciaron el acercamiento entre el liberalismo y el mutualismo, que encontró su mayor potencialidad durante el gobierno de Porfirio Díaz.

El impacto de la revolución parisina de 1848

La revolución de 1848 se proyectó en varias dimensiones. En primer lugar impactó a numerosos jóvenes, hijos de la generación protagonista de la revolución por la independencia hispanoamericana y miembros de las élites dirigentes. Conmovidos por el pensamiento liberal y sus expresiones más radicales, buscaron transformar las sociedades de origen en acciones políticas que involucraran a las masas urbanas: los artesanos fueron objeto de su especial atención. La elevación de la lucha sociopolítica conmovió a Chile y especialmente a Nueva Granada –donde se produjo un golpe de Estado con apoyo de los artesanos agrupados en las sociedades democráticas– y, en ambas repúblicas, la represión triunfante se encargó de fracturar este acercamiento entre élites dirigentes/liberales radicales, y artesanos/sectores populares.

En segundo lugar, las represiones desencadenadas por la segunda república francesa (febrero de 1848), tanto en la capital como en provincias, determinaron la huida de numerosos artesanos –extranjeros y franceses– hacia diversos destinos, siendo uno de los principales América Latina. Alucinados por *la causa*, allí se convirtieron en agentes de la revolución internacional, panfletarios, editores de periódicos y propagadores del *utopismo*, y cumplieron un importante rol en el desarrollo de un pensamiento social más teórico que aplicado y, no pocas veces, un tanto desencontrado con las realidades latinoamericanas (Abramson, 1999). Tercero, se alis-

taron en las filas de los trabajadores y confluyeron en el desarrollo de diversas expresiones solidarias y de lucha, desde el mutualismo a la constitución de organizaciones de clase que se proponían metas más ambiciosas, como la transformación de la sociedad. Desde otra perspectiva y rastreando los orígenes de la actividad industrial en América Latina, se observa que numerosos exiliados –usufructuando sus experiencias laborales y sus conocimientos en diversos oficios–, instalaron talleres y pequeñas empresas en los países donde se radicaron. De esta forma, alimentaron los procesos de diferenciación social que conducirían, poco más tarde, a la formación de una burguesía industrial.

Las primeras asociaciones de industriales

Argentina, Brasil, Chile y Uruguay recibieron contingentes de inmigrantes europeos que asumieron importantes desempeños en la creación de las industrias de estos países y, del mismo modo, en las primeras asociaciones patronales.

En Argentina, el Club Industrial (1875) se constituyó en el contexto de una crisis de la ganadería lanar y la búsqueda de alternativas. Miembros de la élite dirigente (Carlos Pellegrini, Vicente Fidel López) e instituciones como la Sociedad Rural Argentina (SRA), argumentaron en esos años a favor de cierta actividad industrial. La generación de un pensamiento proteccionista se expresó en la edición de un periódico homónimo que contó entre sus colaboradores a políticos e intelectuales. Chiaramonte (1986) señala que en su seno se constituyó un núcleo duro de artesanos que adherían a los postulados de Proudhon, lo que determinó que un sector influyente y ajeno al sector se escindiera y fundara el Centro Industrial (1878). Mientras el Club admitió únicamente a artesanos e industriales, el Centro permitió el ingreso, además, a empresarios del agro y del comercio. La crisis institucional fue superada y, en 1887, ambas organizaciones se unieron en la Unión Industrial Argentina (UIA). La nueva institución inició con 877 afiliados y si bien persistía un número importante de hombres ajenos a la actividad, era importante el sector de artesanos y talleristas, y se apreciaba un núcleo relevante que, según Dorfman (1970), representaba por lo menos los dos tercios de los industriales de cierta importancia (26 firmas concentraban el 70% del capital y el 30% de la mano de obra del sector). Para Schvarzer (1991), las limitaciones del programa industrialista se debieron a que la burguesía industrial era parte de la clase dominante y sus planteos no avanzaron más allá de un límite de tolerancia cuyo cruce hubiera implicado instalar tensio-

nes y conflictos con otras fracciones de poder. En otra perspectiva, Oscar Cornblit (1967) entiende que esa debilidad resultaba del hecho de que el empresariado industrial era predominantemente extranjero, carecía de vínculos a nivel político y consiguientemente afrontaba una defectuosa comunicación con sus líderes.

En Santiago de Chile, en el año 1883, se fundó la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA).

Aunque discutido su origen –Vargas Cariola apunta a una acción decisiva del Estado– el sector no era tan débil ni estuvieron ausentes las iniciativas de organización previas, ya que en 1875 se había constituido en la capital una sociedad con ese fin y el año siguiente otra en Valparaíso. De Vos Eyzaguirre (1999) entiende que no fue meramente una institución asesora del gobierno y que por el contrario reflejó el interés por alcanzar "una forma institucional adecuada para canalizar las demandas y proposiciones de un grupo que representaba intereses que era necesario integrar al sistema". A diferencia de las corporaciones industriales de Argentina y Uruguay, la SOFOFA no encontró una respuesta unánime entre los industriales, quienes demoraron su ingreso a la institución hasta inicios del siglo XX. Como en el caso de la UIA, se advierten vínculos entre los miembros de la SOFOFA y los terratenientes de la Sociedad Nacional de Agricultura. Al analizar la composición de sus afiliados, se aprecia que 32% eran ajenos al sector (viñateros, agricultores, artesanos y otras actividades), en tanto 68% eran industriales. Entre 1883 y 1897, la dirección de la SOFOFA estuvo en manos de un Consejo donde predominaron quienes no eran industriales. El escaso interés de estos individuos en la institución y su labor, es revelador del débil desarrollo de la industria en el siglo XIX. En cierto modo, se evidencia el peso de la sociedad tradicional y agraria, escasamente modificada por la débil presencia de la inmigración, en relación al Río de la Plata.

Artesanado y empresa capitalista en el Uruguay

De la primera modernización (1870-1900)

Durante la Colonia fueron escasos los talleres. Producida la independencia, Sala de Tourón y Alonso (1991) señalan la constitución de una débil "pequeña burguesía" –principal responsable del desarrollo capitalista–, integrada por "artesanos, pequeños manufactureros y comerciantes, patrones de lanchones de cabotaje, rentistas modestos, agricultores medios, pequeños hacendados, etcétera". Se

reconoce en ella una alta participación de europeos. Si bien aumentó el número de talleres artesanales –de cuya variedad dan cuenta los registros de la prensa de época–, la condición de ciudad abierta que tenía Montevideo y su escasa población redujeron las posibilidades para un desarrollo más amplio.

El artesanado que se desarrolló en Montevideo, después de 1830, presenta algunas características singulares que lo distingue de otros países hispanoamericanos: a) el trabajo artesanal de las sociedades indígenas era muy simple, y no generó mano de obra y habilidades como en otras sociedades americanas; b) en la sociedad colonial, el artesanado tuvo un limitado desarrollo y no rigió el régimen de corporaciones; c) el desarrollo del sector es posterior a la independencia y para entonces presentaba características plenamente capitalistas; d) los propietarios de talleres, en su casi totalidad, eran de origen europeo. Estos individuos introdujeron conocimientos, prácticas y desempeños nuevos, y eran portadores de una cultura capitalista; e) estos talleres no presentan una continuidad con los establecimientos del período colonial. A diferencia del resto del continente, no se asiste a la lucha de una clase artesanal para evitar su proletarización; f) el trato cotidiano del patrón y sus trabajadores y el hecho que el primero participara en el proceso productivo generó formas particulares de relacionamiento, de modo que las expresiones de violencia en las luchas sociales urbanas fueron más atenuadas; g) el taller fue parte importante del proceso de desarrollo industrial uruguayo al punto que la mayoría de las empresas medianas y de las fábricas reconocen en su origen un taller artesanal (confección de ropa y calzado, curtidurías, elaboración de alimentos y bebidas, entre otros). Corroboran este perfil de la "industria uruguaya" el hecho que las dos gremiales del sector, la Liga Industrial, y la Unión Industrial Uruguaya (actual Cámara de Industrias) integraron entre sus socios a talleristas e industriales, y no se crearon asociaciones patronales representativas únicamente de los artesanos; y h) los artesanos no conformaron un movimiento popular ni buscaron alianzas en posición subordinada a proyectos o fuerzas políticas, ya que eran patrones.

Es de destacar la temprana intervención del Estado uruguayo en la actividad económica. La crisis del "comercio de tránsito"[1] (Mourat, 1973) y de los mercados para el tasajo, generaron debates y propuestas sobre el modelo de país (Oddone, 1967; Benvenuto, 1969). Desde fines de la década de 1870, comenzó una progresiva valorización del mercado interno –entonces en expansión por el crecimiento vegetativo y el impacto inmigratorio– que fue acompañado por una legislación proteccionista sostenida, hasta mediados del siglo XX.

[1] Los comerciantes montevideanos controlaron el "comercio de tránsito" que incluía un extenso territorio: sur de Brasil, litoral argentino, Paraguay y en cierto momento incluso se extendió hasta Bolivia.

De la Liga Industrial a la Unión Industrial Uruguaya (1879-1898)

En el último cuarto del siglo XIX, al compás de la expansión del mercado interno, en varios países de América Latina se fueron instalando talleres y medianas empresas industriales. Diversos estudios valoran el papel de la inmigración europea en la construcción del sector industrial en México, Brasil, Chile, Argentina y Uruguay, aunque no únicamente (Barbero y Felder, 1987; Beretta Curi, 2001, 2003, 2011; Brandão, 2012; Dean, 1989; Estrada Turra, 1993; Herédia, 1997; Mazzei de Grazia, 1993; Rodrigues Soares, 2001; Schvarzer, 1991; Trujillo Bolio, 2000).

Si nos detenemos en el caso de Uruguay, una muestra de 300 empresarios del sector revela que el 98,7% eran europeos. De ese universo, el 64% eran italianos, 27% españoles, 4% franceses, 3% ingleses y 2% alemanes. Por otra parte, de esos 300 empresarios, el 72% procedía de áreas industriales. El contraste fue más acentuado en el caso italiano; la mayoría era originaria del norte (Piamonte, Lombardía, y Liguria, en menor proporción Toscana) y más equilibrado en el caso español: dominaron los de origen catalán y en segundo lugar los vascos pero, en conjunto, no representaron una mayoría muy distante de otras provincias (castellanos, gallegos, extremeños, etc.). Esta participación regional diferente explica que se acentúe en el caso italiano la presencia de quienes procedían de regiones con importantes niveles de industrialización y urbanización, respecto al cuadro general para los europeos. Una primera lectura muestra el natural vínculo entre urbanización e industrialización en las principales regiones proveedoras de mano de obra y la fuerte presencia de hombres de este origen en los cuadros empresariales constituidos en el Uruguay (Beretta Curi, 2001 y 2011).

La creación del sector industrial fue obra de inmigrantes europeos que, empleados en diversas actividades urbanas (industria, servicios) y encontrando un terreno fértil, procesaron un ahorro compulsivo sobre el salario. En un período muy breve –en general no mayor a una década–, lograron la formación del capital para la instalación de un taller. ¿Cuáles fueron los tiempos reales de ahorro y constitución del capital de instalación? En general, las muestras utilizadas estarían revelando su viabilidad en un tiempo relativamente breve: el 66% en menos de 5 años; el 23% lo hizo entre 5 y 10 años; el 7% entre 10 y 15 años; en tanto el 4% restante, requirió un lapso mayor. Los tiempos de esta acumulación dan cuenta de una inversión que se plasmó en pequeños talleres donde dominaba la manualidad y la herramienta. Si a su vez repara-

mos en las edades, la mayoría alcanzó su independencia laboral antes de cumplir los 30 años y, en varios casos poco después de los 20 (Beretta Curi, 2001).

La Liga Industrial

La Liga Industrial quedó constituida el sábado 22 de marzo de 1879, tras una convocatoria realizada por 50 empresarios. La concentración se realizó en el Salón Progreso, con el objeto de "constituir un centro que desempeñe el cometido de defender los intereses y derechos del gremio industrial y promover el bienestar de los artesanos".

El registro institucional de socios informa sobre una inmensa mayoría de medianas y pequeñas empresas, en los rubros licorerías, carpinterías, sastrerías, modestas cigarrerías, litografías, hojalaterías, talleres de zapatos, fundiciones, sombrererías, curtidurías y colchonerías, entre otras. Aun cuando eran, entonces, modestos patrones, ya estaban presentes los apellidos que harían la gran industria: Carlos Ameglio (licorería); Juan Bautista Bidegaray (aserradero); Giosué Bonomi e Hijos (Barraca del Pontón); Antonio Barreiro y Ramos (librería y tipografía). Las fidelerías y molinos de Cavajani-Sanguinetti, de Luigi Podestá, y la de Castellanos-Delucchi, que se aprestaban a su inmediata remodelación; la destilería de Pietro Corradi; la fábrica de jabón y velas de Bartolo Deambrois; los fabricantes de cigarrillos Julio Mailhos y Aquiles Ferriolo, son una pequeña muestra de este segmento más poderoso de los socios. El registro ya incluía a grandes empresarios, como el molinero Santiago Gianelli (que había remodelado su empresa con maquinaria italiana muy moderna, en 1873) y el francés Eugenio Villemur (fábrica de velas y jabón).

El 4 de abril de 1880, la primera asociación patronal, la Liga Industrial, inició la publicación de un semanario que, en 1881, se convirtió en diario. Desde allí se pronunció sobre diversos aspectos del acontecer del país, levantando la bandera del industrialismo, cuya defensa sostuvo con una argumentación madura. La edición de *La Liga Industrial* no pasó desapercibida. Los planteos de sus editoriales desataron una encendida polémica con los sectores tradicionales del agro y el comercio importador, que se opusieron frontalmente a todo intento de proteger la actividad industrial (Jacob, 1978). Los propietarios de talleres y de fábricas que habían fundado la Liga Industrial eran, en su inmensa mayoría, extranjeros. Esa condición no impidió que se identificaran con la defensa de los intereses nacionales y un manifiesto vínculo afectivo con el

Uruguay, patria adoptiva, conjugándose en "una visión moderna de evidente raíz europea" (Rodríguez Villamil, 1978, p. 27). A continuación, una síntesis de los pilares de su programa.

• La defensa de fines propios y apolíticos: los hombres de la gremial definieron con claridad su cometido como "defensores de todos los legítimos intereses de la industria nacional ó sea la defensa de las numerosas clases que componen el gremio de los industriales que, utilizando las materias primas producidas en el país ó importadas desde el extranjero se dedican á elaborarlas en forma y condiciones de hacerlas útiles ó aplicables á las necesidades y goces de la vida humana" (*Liga Industrial*, 4 de abril de 1880).[2] Como extranjeros –vinculados fuertemente por sus organizaciones étnicas y las corrientes políticas e ideológicas de sus países de origen– se sentían ajenos a los agrupamientos políticos uruguayos. Por otra parte, la calidad de empresarios acentuaba su irritable e indeclinable hostilidad hacia los partidos políticos que dirimían en estériles guerras civiles sus diferencias, de negativa incidencia sobre el trabajo y la producción.

• Necesidad de proteger a la industria nacional: los hombres de la Liga cifraban enorme optimismo en la industrialización, a la que era necesario proteger. Allí estuvo centrada, durante mucho tiempo, buena parte de la polémica que enfrentó a importadores e industriales, y las posturas doctrinarias del librecambio y el proteccionismo. 1) Desde sus planteos avanzaron hacia una versión crítica de los términos en que estaba planteado el comercio y en los criterios del círculo importador: "El comercio productivo para una Nación, no es, nó, el que se dedica exclusivamente á inundarnos de mercaderías de todas clases, buenas y malas, que en muchos casos no las precisamos, y que no lleva más norte que ganar comisiones, sin fijarse para nada en las verdaderas necesidades y conveniencias del país" (*Liga Industrial*, 6 de junio de 1880).[3] Desde este nuevo cuerpo doctrinario se entendía que el proteccionismo no tendría carácter definitivo, tratándose de una medida transitoria hasta alcanzar el objetivo buscado. 2) Otro aspecto del proteccionismo se centraba en una política de exoneraciones a la importación de máquinas y materias primas para la industria, así como el cobro de patentes, contribución inmobiliaria y otros gravámenes por parte del Estado.

• Reconocimiento del trabajo como un valor social: la Liga aglutinó a un conjunto significativo de talleristas y medianos empresarios y, si bien algunos ya habían procesado el despegue hacia la gran industria, en la década de 1880, todos ellos estaban muy próximos a sus raíces. La mayoría contaba con no más de una o dos décadas de radicación en el país, conservaban el

[2] "Al Público", *Liga Industrial*, Montevideo, 4 de abril de 1880.
[3] "El Telégrafo Marítimo", *Liga Industrial*, Montevideo, 6 de junio de 1880.

idioma y el acento que los identificaba como extranjeros y tenían las manos endurecidas por las labores cumplidas por un salario. Necesariamente, insertos siempre en actividades productivas –como obreros primero, y luego como patrones–, visualizaron el trabajo como una herramienta de construcción personal y social. Desde las páginas de la *Liga Industrial* se reivindicó permanentemente la dignificación del trabajo, deduciendo un conjunto de valores de vieja raíz humanista. Aun cuando la Liga era esencialmente una sociedad de patrones, se percibían como hombres de trabajo: "hay que darle al trabajo autoridad, hay que darle igual fuerza que al dinero. El hombre de dinero es hoy gente. Es preciso que sea también gente el hombre trabajador" (*Liga Industrial*, 16 de mayo de 1880).[4]

• La industria uruguaya y la cuestión agraria: La elaboración de un pensamiento industrialista enfrentó a los hombres de la Liga con las *clases tradicionales*; consiguientemente, los terratenientes nucleados en la Asociación Rural constituyeron uno de los polos de tensión. En diversos números de su edición, la Liga Industrial expresó una preocupación permanente por el desarrollo de la agricultura:

> […] protegiendo la industria nacional esta crecería y necesitaría para su mantenimiento los productos agrícolas. Estos aumentarían como es consiguiente, desde el momento que el consumo interno fuese mayor y vendría á resultar que protegiendo la industria se ha venido á proteger directa, no indirectamente la agricultura. Véase pues, como organizando este sistema se protejen las dos fuentes de riqueza nacional que son la esperanza del porvenir (*Liga Industrial*, 6 de diciembre de 1881).[5]

No obstante, los hombres de la Liga no cuestionaron la estructura agraria del país. Observaron críticamente la política oficial de colonización que fue escasa de iniciativas y pobre en sus resultados. Propendieron al fomento de la inmigración europea y la colonización agrícola, reivindicando una acción enérgica estatal abierta a la iniciativa privada, apuesta en la que fijaban sus esperanzas para un futuro próximo.

La Liga Industrial desarrolló sus actividades durante una década y fue relativamente exitosa en su gestión. Varios profesionales –principalmente abogados–, periodistas y políticos fueron socios, y desde sus espacios respectivos desarrollaron acciones orientadas a la protección y estímulo de las industrias. El tema ingresó reiteradas veces en el parlamento y modeló varias leyes, entre las que se destaca por su fundamentación y contenidos, la ley de aduanas

[4] "El dinero y el trabajo", *Liga Industrial*, Montevideo, 16 de mayo de 1880. Subrayado en el original.

[5] "¿Debe protegerse la agricultura antes que la industria?", *Liga Industrial*, Montevideo, 6 de diciembre de 1881.

de 1888, la más importante sobre el tema que se aprobó en el siglo XIX. La Comisión de Hacienda de la Cámara de Representantes, integrada, entre otros, por Pablo Varzi –industrial, socio activo de la Liga, y primer presidente de la Cámara de Industrias que sería fundada en 1898–, fundamentaba en su informe las razones de aplicar una política proteccionista:

> [...] mientras no tengamos más que materias primas como producción nacional para adquirir con ellas los productos manufacturados que nos traigan, seremos por el hecho, una especie de factoría extranjera. La constitución de una nacionalidad y de una independencia económica está en el poder industrial propio, es decir en los medios que tenga un país de desarrollar de un modo armonioso sus fuerzas productivas y ensanchar y multiplicar los empleos del trabajo nacional así como las inversiones fijas de capital (Poder Legislativo, 1887).[6]

En el último cuarto del siglo XIX, el industrialismo generaba opinión y aguda polémica en Uruguay, pero lo más importante fue que ganó continuamente adeptos para ingresar como asunto de Estado e identificarse con el programa de los sucesivos gobiernos, hasta la década de 1960. No fue casualidad que José Batlle y Ordoñez –periodista, político, y presidente del Uruguay entre 1903-1907 y 1911-1915– fuera, en 1886, socio activo de la Liga Industrial en carácter de periodista.[7]

Las tensiones internas

El programa industrialista y su gestión institucional fueron obra de una élite de empresarios al frente de la gremial. Esta propuesta de representación corporativa se resintió a la hora clave de captar al conjunto de la masa de talleristas e industriales. Desde su constitución, la Liga fue sacudida por fuertes disidencias internas, donde prevalecieron con más fuerza las confrontaciones entre liderazgos o la pertenencia a una *nacionalidad* que la apelación corporativa de una *profesión*, o las identidades de *clase*.

Liderazgos en conflicto

La *cerebralidad* de unos y la *pasionalidad* de otros, las capacidades innatas para llegar a terceros, fueron cualidades privilegiadas en despertar conciencias y sembrar el proyecto industrialista en cuantas oportunidades se presentaron. Estos iniciadores de la causa

[6] Poder Legislativo, República Oriental del Uruguay, Diario de sesiones de la Cámara de Representantes, año 1887, sesión del 21 de noviembre, Montevideo, Imprenta Siglo Ilustrado, pp. 323-324.

[7] José Batlle y Ordoñez (1856-1929) fundó en 1886 el cotidiano *El Día* desde donde desarrolló una prédica progresista y aportó a la construcción de un Estado democrático y avanzado en lo social. El programa de gobierno de Batlle tenía uno de sus pilares en la expansión del mercado interno y el desarrollo de la industria nacional.

animaron conversaciones en torno a la mesa del café, en tertulias frecuentadas por universitarios y hombres de empresas, o en informales charlas en la redacción de algunos periódicos. Este aspecto positivo fue opacado por tensiones personales sostenidas en psicologías complejas, los sectarismos resultantes de la coexistencia de diversas culturas con fuertes improntas étnicas, y las tensiones nacidas de la competencia entre empresarios del mismo ramo. Dirigentes del sector como Pablo Varzi (hijo de italianos), el suizo Emmanuel Regusci o el vasco Juan Bautista Bidegaray vieron menguada su autoridad por su carácter fuerte y episodios confrontativos. Algunos hombres influyentes como Francisco Ana Lanza, Buonaventura Caviglia, Francisco Piria, o Jules Mailhos (miembros de una emergente burguesía industrial y diversificada), no lograron reducir distancias con la masa de talleristas del sector que no los reconocía como miembros de su clase. La personalidad tolerante, fuertemente propositiva y dialogante de terceros, como el gallego Antonio Barreiro y Ramos, el italiano Francisco Ameglio, o el argentino Luis Montedónico, facilitó la construcción de puentes comunicantes y fortaleció las fuerzas de cohesión; pero a inicios de la década de 1880, su incidencia fue limitada.

La confrontación de los grupos étnicos

Desde su inicio, la Liga Industrial anunció una de las principales dificultades para su funcionamiento: la existencia de fuertes grupos étnicos que rivalizaban en su interna. Es indicativo de esta realidad que la asamblea inicial para su constitución (22 de marzo de 1879) fue presidida por los "ciudadanos orientales", doctor Lucas Herrera y Obes, Felipe Montero y Carlos Sanguinetti, a quienes acompañaron "representantes de las diversas colectividades" comprometidas con las actividades industriales y artesanales: por la italiana, Pablo Deluchi; por la francesa, Eugenio Villemur y Gabriel Desplas; y Ricardo Vecino, por la española. Si bien varios empresarios alemanes afiliaron a la gremial, su presencia fue un tanto pasiva y no participaron en las fuertes confrontaciones internas.

En una sociedad como la uruguaya, impactada por el aluvión inmigratorio y en pleno proceso de integración, los conflictos entre los grupos étnicos eran importantes. Los extranjeros se resistía a ser plenamente asimilados: los vínculos afectivos con el país de origen, o la preservación de su identidad, pesaban con convicción a la hora de conservar la nacionalidad de origen. Esta circunstancia se reforzó por la inestabilidad política y las guerras civiles que afectaron el siglo XIX uruguayo. Así,

los extranjeros optaron por la protección de los ministros que representaban a sus naciones –reclamando seguridad para sus personas o bienes–, antes de recurrir al Estado uruguayo. Esta realidad condujo, durante varias décadas, a afirmar las identidades étnicas respecto a la integración sociocultural promovida desde el Estado uruguayo, y se proyectó negativamente en la interna de una institución de reciente creación y por lo tanto aún débil. Hacia fines de 1883, Francisco Ana Lanza –en calidad de Presidente de la Liga Industrial–, expresaba en una nota "cuando se trata de reunir sus voluntades y los productos de su industria, se despiertan rivalidades y celos que ponen en peligro el éxito de esas tentativas", y exhortaba a los viejos afiliados, entonces alejados, a retornar, y a los demás industriales a ingresar a las filas de la Liga.[8]

La tensión central en la Liga: talleristas e industriales

Las diversas tensiones identificadas generaron un clima poco propicio para avanzar en el desarrollo del sector, la formulación e impulso a un programa industrialista y en consolidar la gremial. Sin embargo las rivalidades personales, los liderazgos discutidos o las rivalidades étnicas fueron problemas menores, de los que era esperable su rápida superación. La cuestión central radicó en las tensiones nacidas en el proceso de diferenciación social, y la emergencia de un embrión de burguesía industrial con intereses particulares de los que resultaron estrategias e intereses diferentes.

A inicios de la década de 1880, se había constituido en el seno de la Liga un núcleo de fuertes empresarios integrado por Carlos Anselmi,[9] Marco Bixio,[10] Pablo Delucchi,[11] Santiago Gianelli,[12] Alfredo Godel,[13] Francisco Ana Lanza Cipriani,[14] Juan Lataillade,[15] Alberto Montaldo,[16] Domingo Percontino,[17] Luis Podestá[18] y Eugenio Villemur.[19]

Las tensiones entre este núcleo y el resto de los socios se alimentaron de pequeños episodios. Acrecentadas diferencias reflejaban, en las asambleas institucionales, la profundización de una desconfianza de la mayoría hacia este grupo que se perfilaba claramente como diferente a la masa de socios y que ambicionaba alcanzar la dirección gremial para sus propios fines. Estos hombres –identificados por los socios como un grupo de poder y bautizados como el "círculo de la Liga" o a secas "el círculo"–, lograron su objetivo de llegar a la dirección gremial y usar la institución como un efectivo grupo de presión afín a los intereses del núcleo más concentrado de capital.

[8] *El Telégrafo Marítimo*, Montevideo, 27 de octubre de 1883.

[9] Carlos Anselmi (Montevideo, 1853-1931, hijo de italianos). En 1876, se dedicaba a la fabricación artesanal de galletitas. En 1885 inauguró un nuevo y moderno local dotado de maquinaria moderna, ampliado y remodelado luego en 1915.

[10] Marco Bixio (Génova, 1858?-1932). Poco conocemos de este rico industrial, propietario de una importante jabonería y velería de plaza. Luego de crear una importante fortuna, retornó a su Génova natal, girando en el ramo comercial e industrial.

[11] Pablo Delucchi (Moneglia, provincia de Génova, 1840-Montevideo, 1894). Empleado en la firma Figari y Cía., integró más tarde la sociedad. Acumulado un capital regresó a Italia en 1871, pero la crisis afectó seriamente sus proyectos y debió regresar a Montevideo en 1875. Asociado a Carlevaro y Peirano, fundó el Molino Montevideano. Posteriormente, continuó la explotación del establecimiento en sociedad con Emilio Castellanos, bajo la razón Castellanos-Delucchi. Integró el directorio del Banco Italiano del Uruguay y el de varias empresas italianas. Fue uno de los iniciadores del Mercado de Frutos.

[12] Santiago Gianelli (Castiglione Chiavarese, provincia de Génova, 1820-Montevideo, 1891). Hijo de un molinero, emigró con un hermano menor a Buenos Aires en 1848. Portando un capital, abrió un establecimiento de molienda; emigró

En este contexto, la reforma de los estatutos promovida por esta minoría dirigente, generó una crisis interna que motivó notas en la prensa y hasta la edición de un folleto por parte del socio Constante G. Fontán, presidente honorario. El desgaste que supuso esta permanente disidencia amenazaba de muerte a la institución, si no se reaccionaba a tiempo. La Memoria de la Liga, correspondiente al período 1884-1885, señalaba que la institución "experimentaba un momento de atonía ó cansancio en la noble lucha emprendida por los intereses industriales", apreciable en la falta de recursos y en los escasos socios (LI, Memoria, 1884-1885). El Consejo Directivo inició entonces, una intensa actividad de propaganda, y encomendó a los pocos afiliados presentar nuevos socios. La prensa de la época da cuenta, en esos años, del incremento de afiliaciones.[20] A fines de 1883, la gremial reunía unos 200 socios que, un año más tarde, ascendían a 277. Sin embargo, la institución nunca alcanzó una plena estabilidad, ya que los períodos de sostenido ingreso se empañaban, a la menor adversidad, con fuertes bajas.

La crisis interna precipitaba a la Liga Industrial hacia el abismo, al tiempo que despertaba múltiples inquietudes entre los industriales, ya que esta crisis se procesaba en una coyuntura de prosperidad económica y especulación financiera (1886-1890), óptima para consolidar la institución. Las tensiones y rivalidades no solo habían afectado internamente a la masa societaria –a la vez que la predisponía y la lanzaba contra la directiva–; también acorraló a la propia dirigencia que, desbordada por los acontecimientos, ingresó en una fase inoperante. Aquellos que vieron en su verdadera dimensión la *cuestión industrial* no pudieron impedir que las tensiones y conflictos dominaran la asociación, apartándola de sus fines y objetivos.

Después de la reforma de los estatutos de 1884 y, particularmente desde 1885, la institución decayó rápidamente. Escindidos y enfrentados los socios, acelerada la sangría por desafiliación, privada de recursos para la acción por falta de aportes, la Liga perdió, definitivamente, credibilidad y poder de convocatoria. En 1888 se había extinguido definitivamente. Dejaba como legado a sus contemporáneos un fresco testimonio en contraluces: la formulación del primer programa industrialista en Uruguay, una muy buena receptividad en los círculos oficiales,[21] la potencialidad de un gremio de empresarios industriales, una experiencia, y la conciencia de los errores que no debían repetirse.

En la década siguiente (1888-1898), se multiplicaron las iniciativas de los industriales buscando infructuosamente crear una gremial, hasta que la revisión de la Tarifa de Avalúos, que regía las

a Montevideo tras un episodio terrorífico vivido bajo la dictadura de Juan Manuel de Rosas. En esta ciudad, desde 1849, reinició nuevamente su oficio. En 1873, luego de un viaje a Italia, construyó un nuevo edificio y reequipó el molino con la maquinaria más moderna importada de aquel país.

[13] Alfredo Godel (París, 1836-Montevideo, 1914). Viajó con sus padres al Uruguay con cinco años. Aprendió el oficio de litógrafo en el taller de un tío. Luego de trabajar en diversas empresas del ramo, inició un modesto taller (la Litografía Artística) que se convirtió en una de las imprentas y litografías mejor equipadas y reconocidas del país. La prosperidad y prestigio de su industria, permitieron a Godel abrir filiales en Salto y Paysandú. La crisis de la década de 1890 golpeó mortalmente su emprendimiento, por lo que ingresó como docente a la vieja Escuela de Artes y Oficios.

[14] Francisco Ana Lanza Cipriani (Montevideo, 1848-1931). Hijo de inmigrantes genoveses, se educó en un colegio inglés, lo que facilitó su sólida vinculación con la colectividad británica en Uruguay. A los 17 años fue contratado en las oficinas de un saladero, relacionado a capitales británicos, en la provincia de Corrientes. Poco después, ingresó en la administración de la River Plate Telegraph Company, que servía el cable entre las dos capitales del Plata. Desde entonces iniciaría un sólido vínculo con los inversores británicos: inspector general de la London Platino Telegraph Company

importaciones, precipitó una nueva convocatoria en 1898 que se plasmó en la fundación de la Unión Industrial Uruguaya (UIU). Varios empresarios –Enrique Acquarone, Cayetano Cambiaso, Pablo Varzi, Ramón Penadés y Mario Rodríguez–, exafiliados que no habían alcanzado desempeños como autoridades de la Liga, fueron activos en esta etapa. Pablo Varzi, que se perfilaba como una de las figuras conductoras del momento, advertía a su amigo Eugenio Villemur –miembro del *círculo*– respecto "á la inconveniencia de toda accion q^e^. reavive los resentimientos q^e^. Vd ya conoce".[22] Y poco después, dirigía una dura nota a Francisco Ana Lanza en cuanto a que la próxima gremial estaría "fundada en principios de acción muy diferentes" y que ciertos nombres –asociados a la vieja Liga– no debían proponerse a puestos de dirección en la nueva etapa que se avecinaba "sin correr el riesgo de un naufragio definitivo de todos los esfuerzos de los hombres q^e^. anteponen á su ambición personal la causa q^e^. defienden".[23] La nota provocó una ruptura definitiva entre ambos empresarios y el molesto alejamiento de Lanza de la actividad gremial, compromiso asumido por su hermano Juan Domingo.

La nueva institución logró sortear sin dificultades los desencuentros y tensiones: los de carácter étnico, si bien no habían sido superados, al menos no incidieron en la representación de los intereses del sector; y las diferencias entre las fracciones industriales se manejaron con cautela buscando no generar escisiones ni pérdidas masivas de afiliados. La gremial fijó una cuota de afiliación accesible para los talleristas de modo que la cotización no fue un factor selectivo en el ingreso. Por otra parte, la gestión de la UIU encontró un contexto sociopolítico ventajoso, ya que el Estado uruguayo alentó la industrialización del país y revalorizó el mercado interno. Es importante señalar que hubo múltiples coincidencias entre el programa de la UIU y el programa del presidente José Batlle y Ordoñez y su fuerza política (Beretta Curi, 1985). Si bien la Comisión Directiva de la UIU integró a medianos empresarios, los liderazgos correspondieron a los grandes empresarios y a "capitanes de la industria". En el transcurso de la primera década, el predominio de la gran empresa (entendida a la escala de un pequeño país como Uruguay) era incontrastable en la dirección de la UIU.

A modo de cierre

La crisis del sistema artesanal se profundizó luego de la independencia de América Latina. Las élites dirigentes de las nuevas repú-

(1873); "apoderado legítimo y representante" de The London Platino Brazilian Telegraph Company Limited (1880); Director, *Treasurer and Chairman* de la Pocitos Tramways y de la Montevideo-Pando Railway (1883); *Chairman* de la Paso Molino Tramway Company (posteriormente Transatlantic Tramway Company) (1892). Tanto Francisco como su hermano Juan Domingo, articularon sus intereses y negocios al calor del poder político y, durante las dictaduras militares del XIX, gestaron una estrecha relación con los altos mandos del ejército. En 1881, los hermanos adquirieron en remate la curtiembre de Magnolfi y Macció que, reacondicionada y modernizada, se convirtió –en vísperas de la Gran Guerra– en la primera del país. Inversor en diversos emprendimientos, fue presidente de la Compañía de Agua Vera, Compañía Telefónica y Uruguay Insurance Company. Su exitosa inserción en las actividades empresariales se prolongó en un activo compromiso gremial: presidente de la Liga Industrial y activo acompañante en las gestiones y constitución de la Unión Industrial Uruguaya.

[15] Juan Lataillade (Francia, 1820-Montevideo, 1893). En su país natal trabajó como operario en una fábrica de chocolate. Viajó a Uruguay, en 1838, buscando nuevos horizontes. Adquirió experiencia y formación en las fábricas de licores que el empresario Charaveli había abierto, tanto en Montevideo como en Buenos Aires. Formado cierto capital sobre sus ahorros, adquirió la licorería de esta capital.

[16] Alberto Montaldo (Cairo Montenotte-Piamonte,

blicas adhirieron a una filosofía liberal que, en el plano económico, consagró el librecambio y condenó al artesanado a su extinción. Carentes de capital y sin completar su formación técnica, los artesanos colocaban en el mercado urbano una producción que, por calidad y precios, no podía competir con los artículos similares importados. Salvando excepciones, el artesano latinoamericano no encontró los recursos para transitar a la moderna empresa y, paulatinamente, devino en obrero asalariado. En ese contexto, supuestamente se crearon las condiciones para la empresa fabril, tarea que asumió el capital mercantil y la inmigración europea que impactó en las sociedades latinoamericanas en proceso de modernización. En los países de la región austral (Argentina, Chile y Uruguay), junto a la moderna empresa fabril proliferaron talleres y pequeñas empresas de claro perfil capitalista, que aportaron la base social para constituir las primeras agremiaciones y plasmar los primeros programas industrialistas. La emergencia de este sector registró, en la interna, una tensión entre talleristas y pequeños industriales con los llamados "capitanes de la industria", tensiones que atravesaron las primeras décadas de la vida gremial. Por otra parte, confrontó –en oportunidades ásperamente– con las clases dominantes (terratenientes, importadores, banqueros), antes que la fracción burguesa de industriales pasara a integrarlas.

1833-Montevideo, 1896). Instalado en Montevideo desde 1846. Ingresó a una fábrica de fósforos, y seis años más tarde inició un establecimiento similar. En 1861 inauguró la casa importadora Montaldo-Dauber. Posteriormente se asoció con los empresarios Sanguinetti y Freccero, para abrir un establecimiento comercial en Salto (1867), conservando las actividades iniciadas en esta plaza.

[17] Domingo Percontino (Vibonati-Salerno, 1850). En Montevideo, desde 1863. Inició tempranamente su experiencia laboral como empleado en el establecimiento industrial de un tío paterno. Buscó su independencia muy joven y, en 1872, abrió un establecimiento que fabricaba camas y artículos de bronce y hierro, a lo que agregó posteriormente muebles de acero y cajas de seguridad.

[18] Luis Podestá (Sestri-Levantge, Génova, 1837-Montevideo, 1900). En Montevideo, desde la década de 1950, se inició como tendero. En 1872 instaló un pequeño establecimiento de molienda que, al cabo de varios años, se convirtió en el Molino del Comercio. La empresa creció con un nuevo edificio, que se inauguró en 1885. En esa misma fecha adquirió una granja en Las Piedras para la producción de frutas, viñedos y olivos. Luis Podestá fue fundador y primer presidente de la sociedad de alumbrado a luz eléctrica La Uruguaya y del Banco Italiano del Uruguay.

[19] Eugenio Villemur, francés llegado al Plata en la década de 1840. En 1853 abrió una fábrica de velas estearinas y de jabón. Luego de un viaje

Bibliografía

Fuentes

Archivo Carlos Varzi.
Archivo Sergio Abal Bonomi.
Revista *La Liga Industrial* (años 1880, 1881).
Revista de la Unión Industrial Uruguaya (año 1898).

Bibliografía general

Abramson, Pierre-Luc (1999), *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.

Acevedo Carmona, Darío (1990-1991), "Consideraciones críticas sobre la historiografía de los artesanos del siglo XIX", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 18-19, 1990-1991, pp. 125-144. Disponible en: <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/issue/view/3358>.

Álvarez Orozco, René (2007), "Hombres que trabajan sobre cosa suya: Labor artesanal en la provincia del Socorro, Nueva Granada, si-

glos XVIII y XIX", *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, vol. 8, Nº 1, pp. 292-335. Disponible en: <http://historia.fcs.ucr.ac.cr/dialogos.htm>.

Barbero, María Inés y Susan Felder (1987), "Industriales italianos y asociaciones empresariales en la Argentina. El caso de la Unión Industrial Argentina (1887-1930)", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, vol. 6-7, Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos, pp. 150-179.

Benvenuto, Luis Carlos (1969), "La quiebra del modelo", *Enciclopedia Uruguaya*, Nº 48, Montevideo, Arca-Editores Reunidos, pp. 142-159.

Beretta Curi, Alcides (1985), "Algunos puntos de contacto entre el batllismo y el programa de los industriales (1880/1916)", *Cuadernos de Filosofía y Letras*, Nº 7, Universidad Nacional de Misiones, pp. 61-110.

—— (2001), "Inmigración y aprendizajes empresariales durante la temprana industrializacion del Uruguay, 1875/1914", *Revista Theomai, Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo*, Nº 4, <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero4/contenido4.htm>.

—— (2003), "Emigración italiana y modernización en la periferia. Los italianos en la creación del sector industrial uruguayo (1870/1930)", *Studi Emigrazione*, Nº 150, pp. 227-251.

—— (2011), "L'immigrazione europea nella formazione del tessuto imprenditoriale: l'Uruguay e le nazioni circostanti (1870-1900)", *Studi Emigrazione*, vol. XLVIII, Nº 184; pp. 675-695.

Brandão, Marco Antonio (2012), "O imigrante italianio pobre se torna industrial no Brasil: a ascensão social no interior do estado de São Paulo por meio da pequena indústria (1890-1930)", *Studi Emigrazione*, vol. XLIX, Nº 188, pp. 593-612.

Chiaramonte, José Carlos (1986), *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina, 1860-1880*, Buenos Aires, Hyspamérica.

Cornblit, Oscar (1967), "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", *Desarrollo Económico*, vol. 6, Nº 24, pp. 641-691.

De Vos Eyzaguirre, Bárbara (1999), *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)*, Santiago de Chile, DIBAM.

Dean, Warren (1989), "Industriales y oligarquía en el desarrollo de San Pablo," en Cerutti, Mario y Menno Vellinga (comps.) (1989), *Burguesías e industria en América Latina y Europa meridional*, Madrid, Alianza Editorial.

Del Águila, Alicia (2011), "La 'ciudadanía corporativa' en el Perú republicano (1834-1896)", *HIb. Revista de Historia Iberoamericana*, vol. 4, Nº 2, pp. 59-83. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol22/comerc1.htm>.

Dorfman, Adolfo (1970), *Historia de la Industria Argentina*, Buenos Aires, Solar-Hachette.

Estrada Turra, Baldomero (1993), *Participación italiana en la industrialización de Chile. Orígenes y evolución hasta 1930*, en Baldomero Estra-

a Europa, en 1870, Villemur se asoció con el señor R. Marengo. La producción del establecimiento alcanzó niveles de calidad que merecieron varias premiaciones en exposiciones nacionales y en la de París de 1878. El establecimiento tuvo una fase de expansión que exigió su total reequipamiento, en 1887. Villemur invirtió, también, en otros negocios entre los que cabe citar: la naciente vitivinicultura que lo reconoció entre sus tempranos practicantes, y una sociedad con el doctor Valdés García para producir el tónico conocido como "carne líquida".

[20] Véase *La Tribuna Popular* o *El Telégrafo Mercantil*, años 1884 y 1885.

[21] La legislación proteccionista se acentuó durante los años de existencia de la Liga Industrial, coincidiendo la aprobación de la ley proteccionista de 1888, la más importante del siglo XIX, con la crisis institucional.

[22] Archivo Carlos Varzi, Carpeta rotulada "Documentos s/clasificar y otros", Carta de Pablo Varzi a Eugenio Villemur, Colón, 17 de abril de 1896.

[23] Archivo Carlos Varzi, Carpeta rotulada "Documentos s/clasificar y otros", Carta de Pablo Varzi a Francisco Ana Lanza, Montevideo, 16 de octubre de 1897.

da Turra (ed.) (1993), *Presencia italiana en Chile*, Serie Monografías Históricas, Nº 7, Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, pp. 89-123.
Estudo de caso da primeira indústria têxtil do Nordeste do estado do Rio Grande do Sul", Caxias do Sul, Editora da Universidade de Caxias do Sul, p. 240.
Flores Caballero, Romeo (1970), "Del libre cambio al proteccionismo", *Historia mexicana*, vol. 19, Nº 4, pp. 492-512.
Flórez Bolívar, Francisco (2006), "¿República democrática o república de papel?: los artesanos frente al ideario liberal en Cartagena, 1849-1878", *Historia Caribe*, Nº 11, pp. 129-144.
Flórez Bolívar, Roicer y Sergio Paolo Solano (2010), "Educando al buen ciudadano. Las guardias nacionales en la Provincia de Cartagena, Colombia, 1832-1857", *Anuario de Estudios Americanos*, 67, 2, julio-diciembre.
García-Bryce, Iñigo (2003), "Politics by Peaceful Means: Artisan Mutual Aid Societies in Mid-Nineteenth-Century Lima, 1860-1879", *The Americas*, vol. 59, Nº 3, pp. 325-345.
Gazmuri, Cristian (1998), *El 48 chileno*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
Gootenberg, Paul (1982), "The Social Origins of Protectionism and Free Trade in Nineteenth-Century Lima", *Journal of Latin American Studies*, vol. 14, Nº 2, pp. 329-358.
Grez Toso, Sergio (1998), "La reivindicación proteccionista artesanal y la constitución del movimiento popular (Chile, 1826-1885)", *Historia Social*, 31, 1998, pp. 89-99.
—— (s/f), "La reivindicación proteccionista artesanal y la constitución del movimiento popular (Chile, 1826-1855)", Santiago de Chile, Archivo Chile. Disponible en: <http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/grezs/grezs0013.pdf>.
Herédia, Vania, *O processo de industrialização da zona colonial italiana: estudo de caso da primeira indústria têxtil do Nordeste do estado do Rio Grande do Sul*, Caxias do Sul, Editora da Universidade de Caxias do Sul, 1997.
Jacob, Raúl (1978), "El empresario y la política proteccionista en el Uruguay: el caso de la Liga Industrial (1879-1885)", en suplemento dominical de *El Día*, Nº 2338, Montevideo, 6 de agosto de 1978.
—— (1978b), *Breve historia de la industria uruguaya*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria.
Jaramillo Uribe, Jaime (1976), "Las sociedades democráticas de artesanos y la coyuntura política y social colombiana de 1848", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, Nº 8, pp. 5-18.
Lida, Clara E. (1998), "Trabajo, organización y protesta artesanal: México, Chile y Cuba en el siglo XIX", *Historia Social*, Nº 31, pp. 67-75.
Mazzei de Grazia, Leonardo (1993), "L'integrazione degli immigrati italiani nell'economia della provincia di Concepción, 1889-1930", en Favero, Luigi y Maria Rosaria Stabili (1993), *Il contributo italiano allo sviluppo del Cile*, Torino, Fondazione Giovanni Agnelli, pp. 267-299.

Mourat, Oscar (1973), *La crisis del comercio de tránsito montevideano, 1880-1920*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

Navarro Azcue, Concepción y Baldomero Estrada Turra (2005), "Migración y Redes de poder en América: el caso de los industriales españoles en Valparaíso (Chile) 1860-1930", *Revista complutense de Historia de América*, vol. 31.

Oddone, Juan Antonio (1967), *Economía y Sociedad en el Uruguay Liberal*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

Orlando Melo, Jorge (1979), "La evolución económica de Colombia, 1830-1900", *Manual de Historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. Disponible en: <http://jorgeorlandomelo.com/bajar/Economia1830-1900.pdf>.

Pereira, José Carlos (1984), *Formação industrial do Brasil e outros estudios*, San Pablo, Editora Hucitec.

Pérez Toledo, Sonia (1996), *Los hijos del trabajo. Los artesanos de la ciudad de México, 1780-1853*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de México.

—— y Carlos Illades (1998), "El artesano textil de la ciudad de México durante el siglo XIX", *Historia Social*, Nº 31, p. 77-88.

Rodrigues Soares, Paulo Roberto (2001), "'Burgueses inmigrantes' y desarrollo urbano en el extremo sur de Brasil", *Scripta Nova*, vol. 94, Nº 78. Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-94-78.htm>.

Rodríguez Villamil, Silvia (1978), "Proteccionismo y libre cambio: el programa de la 'Liga Industrial' de 1880", en Beretta Curi, Alcides y otros, *La industrialización del Uruguay, 1870-1925*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, pp. 23-49.

Sala de Tourón, L. (2005), "Democracia en América Latina: liberales, radicales y artesanos a mediados del siglo XIX", *Secuencia*, vol. 61, Nº 63, pp. 63-98.

—— y Rosa Alonso Eloy (1991), *El Uruguay comercial, pastoril y caudillesco. Tomo II: Sociedad, política e ideología*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

Sala, Lucía, Nelson de la Torre y Julio Carlos Rodríguez (1967), *Estructura económico-social de la colonia*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos.

Salazar, Gabriel (2012), "Industrialización popular en Chile: perfil del empresariado plebeyo (1823-1885), *Encuentros Latinoamericanos*, vol. VI, Nº 1, junio, pp. 129-171.

Schvarzer, Jorge (1991), *Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina*, Buenos Aires, CISEA-Imago Mundi.

—— (1996), *La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina*, Buenos Aires, ed. Planeta.

Solano, Sergio Paolo (2009), "Problemas en la fase inicial de la industrialización de la región Caribe colombiana: limitaciones en el desarrollo fabril de Barranquilla, 1890-1934", *Amauta*, Nº 13, pp. 105-125.

Sowell, David (1987), "'La teoria i la realidad': The Democratic Society of Artisans of Bogota, 1847-1854", *The Hispanic American Historical Review*, vol. 67, Nº 4, pp. 611-630.

Teitelbaum, Vanesa y Florencia Gutiérrez (2008), "Sociedades de artesanos y poder público. Ciudad de México, segunda mitad del siglo XIX", *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, Nº 36, pp. 127-158.

Trujillo Bolio, Mario (2000), *Empresariado y manufactura textil en la ciudad de México y su periferia, siglo XIX*, México, CIESAS.

Vega Cantor, Renán (1990), "Liberalismo económico y artesanado en la Colombia decimonónica", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. XXVII, Nº 22, pp. s/n.

(Recibido el 23 de abril de 2013.)
(Evaluado el 29 de mayo de 2013.)

Autor

Alcides Beretta Curi, doctor en Historia de la Universidad de Barcelona. Profesor Titular en régimen de *full time* en Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos "Prof. Lucía Sala", Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, Uruguay.

Publicaciones recientes:

—— "L'immigrazione europea nella formazione del tessuto imprenditoriale: l'Uruguay e le nazioni circostanti (1870-1900)", *Studi Emigrazione,* vol. XLVIII, Nº 184, 2011, pp. 675-695.

—— "Terratenientes y modernización en el Uruguay: el programa en pro de la agricultura impulsado por la Asociación Rural del Uruguay, 1871/1900", (capítulo del libro compilado por el Dr. Vanderlei Vazelesk, Universidad Federal de Rio de Janeiro), en prensa.

——, *Inmigración europea e industria*, Mntevideo, Programa de Publicaciones de la Comisión Sectorial de Investigación Científica, Universidad de la República, en prensa.

Cómo citar este artículo

Beretta Curi, Alcides, "Del artesanado a los gremios industriales. Liberalismo y tensiones en la constitución de las primeras asociaciones patronales. El caso de la Liga Industrial (1879-1888)", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 5, Nº 24, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2013, pp. 87-108, edición digital. En línea: http://www.unq.edu.ar/catalogo/322-revista-de-ciencias-sociales-n-24.php